

Crítica y contracrítica en torno a la historiografía soviética iberoamericanista*

Juan A. Ortega y Medina

En 1961 apareció mi libro sobre la *Historiografía Soviética Iberoamericanista (1945-1960)*, que a decir verdad no encontró en México sino una tibia recepción crítica, salvo alguna que otra reseña inteligente, en particular la de mi estimado colega el profesor Martín Quirarte y la de la historiadora Elena Casas Hernández. El primer recensor, aunque amable hasta cierto punto, no deja de censurar sin embargo la excesiva generosidad con que trato a los historiadores rusos Alperóvich, Rudenko, Lávrov y Lavretskii. Según deduzco de su trabajo, él hubiese deseado menos equilibrio y mayor agresividad por mi parte, más indignación y pugnacidad; empero de hecho mis críticas a los cuatro historiadores soviéticos citados no quisieron deliberadamente traspasar el límite estricto y circunspecto del plano académico.

Cuatro años más tarde, en el número 1 de la interesante revista histórica marxista *Historia y Sociedad*, editada en México (II-1965), me tropecé con un ensayo del historiador M. S. Alperóvich, en el que alude a mi libro y subraya mis críticas relativas al empleo del método histórico de investigación de los historiadores soviéticos iberoamericanistas, sin dejar de considerar los aplausos que dedico en mi obra a los valores objetivos y subjetivos de la historiografía soviética interesada en la historia mexicana. Aunque de paso, Alperóvich aprovecha la ocasión para señalar que los círculos reaccionarios se han mostrado más inclinados a ponderar el lado negativo de mi volumen (es decir mis críticas, calificadas por tanto como negativas por el ruso, que no se refieren —hay que aclararlo desde este momento— al método marxista-dialéctico en general, sino, según creemos, al impropio o mecánico uso del mismo en ciertos análisis parciales de la Revolución mexicana de 1910) antes bien que el positivo: mis alabanzas. Como más adelante tendré que volver a tocar este punto en mi respuesta crítica a otro recensor soviético, Y. G. Mashbits, surgido al paso, al contestar a éste responderé asimismo al anterior.

Alperóvich me califica, por supuesto, de historiador burgués y desde luego tengo que asentir a ello si con esto quiere indicar que nací precisamente en un burgo y que a la sazón vivo inmerso en otro colosal: la capital de la República mexicana. En nota al pie de su ensayo (n. 96) sostiene que “no teniendo posibilidad en el marco del presente artículo de polemizar con Ortega y Medina sobre la esencia de sus observaciones críticas, nosotros debemos señalar que, aunque algunas de ellas son fundadas, la mayoría, y sobre todo aquellas que se refieren al método, merecen la más decidida objeción de nuestra parte. Se hace una crítica detallada de una serie de actitudes (desde nuestro punto de vista) de Ortega y Medina en la bien argumentada reseña [subrayado mío] de Y. G. Mashbits sobre su libro”.

* Sobretiro del *Anuario de Historia*, año V, 1965, Universidad Nacional Autónoma de México.

Ciertamente quedé sorprendido puesto que es costumbre dentro del marco historiográfico liberal el desarrollar el diálogo crítico entre los propios interesados y afectados y no buscar la solución en segunda instancia, como parece ser el caso en mi inopinado censor, Y. G. Mashbits. Puede que esto se haya debido a una mera coincidencia, o que de hecho mi sorpresa no deba de serlo forzosamente desde el punto de vista crítico soviético; pero de todas formas aunque el sistema resultó y resulta todavía extraño para mí he decidido considerarlo y encararlo.

Lo primero que hice a raíz de la lectura del ensayo de Alperóvich fue ver la manera de agenciarme la revista histórica soviética *Problemas de Historia* ("Voprosi Historii", 12-XII-1962, pp. 160-5); mas no me fue posible conseguirla en México, si bien supe que la revista había llegado y circulaba por los escasos centros marxistas de la capital. Ya desesperaba de tener en mis manos el ejemplar citado, con la recensión de Mashbits, cuando he aquí que a principios de mayo de este año (1965) recibo de los Estados Unidos una buena xerografía del texto crítico y además una traducción en inglés del mismo. Espontáneamente el profesor J. G. Oswald —a quien por ello le estoy muy agradecido—, de la Universidad de Tucson, Arizona, ponía en mis manos la ansiada reseña. La traducción del título original estampado por Mashbits me pareció excitante ("Well-Reasoned Criticism, or Unsubstantiated Attacks?"), y conforme fui progresando en la lectura del texto me fui percatando de la necesidad de darlo a conocer y de impugnarlo. Resuelto a ello pensé en un principio traducir yo mismo el texto inglés; pero después decidí que sería mejor trasladar directamente del ruso la reseña y encargué a una persona muy competente, la señora Carmen Castellote de Wolny, la versión española del texto. Debo declarar que la traducción estimo que es excelente, como corresponde a una persona educada desde su infancia en Rusia y que además estudió en la Universidad de Moscú la carrera de historiadora. En el texto que va a continuación me he permitido numerar progresivamente la mayor parte de los párrafos a fin de facilitar la réplica y hacer fácil también al lector la prosecución de los extremos del diálogo. El sistema ayuda en efecto al lector, mas no deja de ser molesto puesto que priva a mi respuesta de su natural fluencia.

TEXTO CRÍTICO DE MASHBITS

*¿Crítica argumentada o ataques sin fundamento? **

El seminario dedicado al estudio de la actual historiografía mexicana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, ha dado a la estampa un libro consagrado a la historiografía soviética contemporánea de América Latina.

Se trata del primer ensayo emprendido por un autor mexicano para examinar la historiografía soviética iberoamericanista.

1. Dos quintas partes del volumen de este libro corresponden a las traducciones de los trabajos de Manfred Kossok (RDA). "Sobre la historiografía soviética dedicada a Latinoamérica" e I. R. Lavrietski

* J. A. Ortega y Medina, *Historiografía Soviética Iberoamericanista (1945-1960)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961, 194 p.

(URSS). "Análisis crítico de la *Hispanic American Historical Review*" (1956-1958).¹

El capítulo del libro que atañe propiamente al autor se compone del prefacio (pp. 7-39) y de un artículo crítico sobre una colección de investigaciones de autores soviéticos, intitulada "Revolución Mexicana", así como de la monografía de M. S. Alperóvich y B. T. Rudenko, que lleva como título "La Revolución mexicana de 1910-1917 y la política de Estados Unidos",² ambas traducidas al español y editadas en México.

La publicación de los ensayos historiográficos de M. Kossok e I. R. Lavrietski aumentan notoriamente el valor del libro para el lector latinoamericano.

El gran interés que el público de México presta a la ciencia histórica soviética es reconocido por el propio autor, en el segundo capítulo de su libro. Esto mismo confirma los comentarios sobre el trabajo de M. S. Alperóvich y B. T. Rudenko en la prensa mexicana,³ así como los pertenecientes al conocido historiador Agustín Cué Cánovas: "Sin duda, en este trabajo hay ciertas inexactitudes en la cronología y en el modo de presentar la vida política de México de principios de nuestro siglo. Pero estos deslises no se hacen sentir desfavorablemente en el método de investigación e interpretación de los hechos y fenómenos de la reciente historia de México... El presente ensayo de la política diplomática de Estados Unidos en relación con la Revolución mexicana —escribe—, es el más amplio entre los publicados sobre este tema." A continuación indicó que la monografía de los historiadores soviéticos "es un trabajo instructivo y acertado".⁴

Juan A. Ortega y Medina, en suma, también da una alta calificación a las investigaciones soviéticas relativas a la historia de México. Al final de su libro, se dice en particular: "Es necesario reconocer que la aportación soviética a nuestra historiografía es considerable y se distingue por no pocos méritos objetivos y subjetivos" (p. 192). De una manera especial subraya que si hasta hace poco la historia de México era objeto de estudio, esencialmente de autores americanos, a partir de 1945 aparecen serias investigaciones de especialistas soviéticos, y los autores mexicanos ya no pueden dejar de tenerlos en cuenta (p. 7-9). El autor recalca que aquellos libros que llegaron a su campo visual están escritos por

¹ Así están titulados en el libro los siguientes artículos: M. Kossok, "Zum Stand der sowjetischen Geschichtsschreibung über Lateinamerika," *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 1959, núm. 2. I. R. Lavrietski, ensayo de la Revista Histórica Hispanoamericana de los años 1956-1958. *Problemas de Historia*, 1959, núm. 12 (la traducción española se hizo del texto inglés editado en *The Hispanic American Historical Review*, 1960, núm. 3).

² *La Revolución Mexicana* (Cuatro estudios soviéticos), México, 1960. Aquí están incluidos los artículos de B. T. Rudenko, "Sobre la situación económica y política de México en las vísperas de la revolución burguesa-democrática de 1910-1917", en *Cuadernos Científicos de la Historia Moderna y Contemporánea*, primera edición, Moscú, 1955; N. M. Lavrov, "Revolución Mexicana de 1910-1917", "La primera revolución rusa de 1905-1907 y el movimiento revolucionario internacional", Moscú, 1955; M. S. Alperóvich, "Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos en la historiografía mexicana de la posguerra." *Problemas de Historia*, 1958, núm. 3. Del mismo autor: "Aclaraciones de algunos problemas de la historia moderna y contemporánea de México en la literatura burguesa norteamericana de la posguerra". "Informes y Comunicaciones" del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS, primera edición, Moscú, 1956. La traducción española de la monografía: M. S. Alperóvich y B. T. Rudenko, *La Revolución Mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*, México, 1960.

³ El periódico *Novedades* (25-XII-1960) indicó que el libro de M. S. Alperóvich y B. T. Rudenko se vendió con mucha rapidez en México.

⁴ A. Cué Cánovas, "La Revolución Mexicana y la diplomacia de Estados Unidos", *El Nacional*, 23-X-1960.

especialistas calificados y competentes que han sabido utilizar con maestría el amplio acervo de datos, incluido el contenido en las publicaciones de los autores burgueses, especialmente de los Estados Unidos.

La utilización de datos tomados de los trabajos de sus adversarios ideológicos, así como la cita de sus opiniones, son, a juicio de J. A. Ortega, los rasgos característicos de la "técnica historiográfica soviética", lo que hace que las conclusiones de los autores soviéticos sean ampliamente probatorias (p. 182).

Otros historiadores extranjeros señalan asimismo el rápido desarrollo en la URSS de las investigaciones relacionadas con Iberoamérica. Así, J. G. Oswald (de la universidad norteamericana de Arizona, Estados Unidos), en uno de los ensayos realizados sobre trabajos soviéticos escribió: "Latinoamérica ha adquirido gran importancia en las actuales investigaciones históricas y publicaciones soviéticas."⁵

A los historiadores soviéticos de ningún modo les es indiferente la crítica de sus trabajos en el extranjero. De ahí el interés que prestaron nuestros autores latinoamericanistas a la edición objeto de nuestra reseña.

2. De una vez por todas, conviene señalar que el libro de J. A. Ortega encierra en muchos aspectos un carácter contradictorio. Reconociendo los méritos de las investigaciones soviéticas sobre la historia contemporánea de México, y afirmando que los historiadores mexicanos están obligados a tener en cuenta la "interpretación marxista de la historia mexicana..." (p.193), J. Ortega tergiversa al mismo tiempo las finalidades perseguidas por los historiadores soviéticos, y se pronuncia contra la metodología marxistaleninista.

Los investigadores soviéticos jamás han eludido una conversación seria o una polémica relativa a los problemas de metodología, ya que, como dijo A. I. Herten,* el método en la ciencia no es un asunto de gusto personal, sino la embriología de la verdad.

5 J. G. Oswald, "Soviet News and Notes", *The Hispanic American Historical Review*, 1961, núm. 1, p. 121.

* Alexandr Ivanovich Herten (en ruso Gertsen), escritor, revolucionario y filósofo materialista ruso; nació el 25 de marzo de 1812 en Moscú y murió el 21 de enero de 1870 en París. Sus restos fueron trasladados a Niza, donde descansan junto a los de su esposa, mujer delicadísima que tanto influyó en su vida. Fue hijo natural de un terrateniente ruso, I. A. Yakovlev y de la alemana Luise Haag.

De inteligencia precoz, recibió una educación esmerada, pero su condición de hijo ilegítimo perturbó su infancia. Sufrió dramas familiares y vivió intensamente, en perpetua peregrinación por todo el mundo. Fue uno de los hombres que, tal vez, más influyó en el movimiento político y social de su país. En 1847, se trasladó al extranjero, para no regresar nunca a su patria, ni siquiera cuando resultó heredero de importantes bienes, a la muerte de su padre.

Participó en la Revolución Francesa de febrero de 1848 y fue testigo de su derrota. Desde 1852 vivió en Londres, donde editó el célebre periódico *La Campana* (1857), tribuna de sus ideas políticas. Desde sus páginas, criticó la política retrógrada del zarismo, exigiendo la liberación de los siervos. Logró que el periódico se difundiera en Rusia, donde gozó de gran reputación. En 1869 regresó nuevamente a París.

Fue, asimismo, un eminente representante de la filosofía materialista rusa, y según Lenin "Supo levantarse a tal altura, que se colocó al nivel de los grandes pensadores de su tiempo". Su creación literaria está relacionada con sus ideas filosóficas y políticas. Defendió los principios del realismo crítico y la unión indisoluble del arte con la vida; consideró la literatura como una tribuna política para la propaganda de las ideas avanzadas. Su obra literaria más importante es *Pasado y Pensamiento*, su tributo intelectual a Rusia, especie de memorias y de novela-crónica. Su profundo historicismo, así como la manera realista de exponer los hechos, hacen de esta obra un fenómeno único en su género en la literatura universal (Nota de la Traductora).

3. Precisamente por ello, nos detendremos en primer término en las declaraciones del señor J. A. Ortega acerca de las bases generales metodológicas y metódicas de la ciencia soviética. Subrayaremos que estas opiniones suyas se basan sólo en el estudio de los trabajos arriba mencionados, pertenecientes a un reducido grupo de autores, y no a toda la historiografía soviética latinoamericanista, ni siquiera la referida exclusivamente a México. El propio autor reconoce que, por no saber el idioma ruso, sólo pudo conocer ciertos trabajos (se supone que traducidos) de los historiadores soviéticos.

4. El autor trata de explicar el interés que nuestros investigadores prestan por Latinoamérica, con el hecho de que esta región se está convirtiendo, en la actualidad, en “escenario de choque de intereses” entre la URSS y los Estados Unidos (pp. 9-10). Según Ortega, las investigaciones soviéticas relativas a los problemas de la historia de los países de Latinoamérica, en los siglos XIX-XX, son provocadas, ante todo, por la lucha ideológica entre Estados Unidos y la Unión Soviética, y tienen la finalidad de contribuir al desarrollo del movimiento de liberación nacional en estos países (pp. 16-17). Pero semejante explicación de ninguna manera se puede considerar ni convincente ni completa.

5. Uno de los problemas primordiales de la ciencia histórica soviética consiste en un profundo y detallado estudio de la sociedad humana. El autor no sabe (o no quiere saber) que los historiadores marxistas siempre han prestado gran interés por los países de Asia, América Latina y África, y han demostrado la inevitabilidad de la salida de esos pueblos al escenario avanzado de la historia universal, antes de que ello se convirtiera en un hecho irrevocable.

En particular, el estudio feliz de América Latina ya se inició en la URSS en los primeros años que siguieron a la gran Revolución de octubre.⁶

6. Juan A. Ortega y Medina trata de demostrar que las investigaciones acerca de Latinoamérica emprendidas en la URSS, parece que sirven a los propósitos “de la expansión ideológica soviética” (p. 17). El no establece la diferencia entre la historiografía soviética y la norteamericana, aunque reconoce que la principal tarea de la última consiste en disfrazar la política de los Estados Unidos en los países latinoamericanos (pp. 9-10). De este modo, el autor se adhiere a aquellos sectores sociales de América Latina que no quieren ver la diferencia radical entre Estados Unidos y la URSS, en cuanto al modo de abordar los problemas de relaciones internacionales, y no pueden distinguir entre la expansión ideológica del imperialismo y las declaraciones amistosas de la prensa soviética, dirigida a los pueblos que luchan por una auténtica independencia política y económica. No es casual que el autor se solidarice con la reseña que hizo el historiador mexicano José Valadés acerca de aquellos trabajos de autores soviéticos que se refieren a la historia de la Revolución mexicana.⁷ En esta reseña, tras la mención del hecho de que desde los albores del siglo XIX —época de los viajes de A. Humboldt— los extranjeros deformaron la historia de México, se dice que en la actualidad, a la par de los historiadores norteamericanos, los soviéticos se dedican a lo mismo. Basándose en estas premisas, Juan A. Ortega y Me-

⁶ Citaremos a los menos estos trabajos: V. V. Sviatlovski, *El Estado Comunista de los Jesuitas de Paraguay en los siglos XVII y XVIII*, Petrogrado, 1924; A. Volski, *Historia de las revoluciones mexicanas*, Moscú, 1928, etcétera.

⁷ J. C. Valadés, “Nosotros, la Historia y la ciencia soviética”, *Excelsior*, 19 agosto de 1960.

dina afirma que la historia de México puede ser estudiada *objetivamente sólo por los mexicanos* y considera que eso es imprescindible “para evitar el imperialismo en el terreno de la cultura”, el cual es tan, o tal vez más, peligroso que en el campo de la economía y la política (p.10).

7. Afirmaciones de este género se encuentran en el referido libro reiteradas veces. Sin embargo, no encajan de modo alguno con el hecho irrevocable de que precisamente la URSS, a la vez que otros países socialistas, se pronuncia resueltamente contra el imperialismo en cualesquiera manifestaciones. La incompreensión por parte del autor de las auténticas finalidades y tareas de la ciencia historiográfica soviética se debe, a nuestro juicio, ante todo, a la escasa profundidad de sus conocimientos. Según él, los trabajos soviéticos “no pueden ser considerados” objetivos, en tanto que estén escritos desde la posición del materialismo histórico, y por eso se distinguen por la estrechez y dogmatismo de las declaraciones.

8. Nos permitimos recordar a J. Ortega que los fundadores del materialismo histórico, Carlos Marx y Federico Engels, ya en el siglo pasado, demostraron la inevitabilidad de las revoluciones socialistas y la bancarrota del colonialismo.

La historia, como es conocido, confirmó brillantemente la justicia de esta conclusión. Infinidad de ejemplos demuestran, a todas luces, que la metodología marxistaleninista abre el camino para el conocimiento objetivo y científico del mundo, de su pasado histórico y de la predicación real de su futuro.

9. Es característica otra de las afirmaciones de Ortega: Analizando el ensayo realizado por J. R. Lavrietski de la *Revista Histórica Hispanoamericana*, que se edita en Estados Unidos, escribe, que los norteamericanos dieron a la estampa este estudio crítico, mientras que los rusos no se decidirían a emprender un paso semejante (p. 17). Es posible que el autor desconozca el hecho de que en la URSS se traduce, en gran escala, la literatura extranjera, e inclusive los libros de nuestros adversarios políticos. En la Unión Soviética se publicaron trabajos de autores burgueses, como la *Historia de América Latina*, de A. B. Tomas (Moscú, 1960); *América Latina*, de P. Jems (Moscú, 1949); *Historia de México*, por G. Parks (Moscú, 1949), y muchas otras más.

La revista semanal *En el Extranjero* (Za Rubiezhom), de gran difusión en la URSS, y otras ediciones soviéticas, publican sistemáticamente traducciones de los artículos y declaraciones no sólo de hombres políticos progresivos, sino de los reaccionarios.

10. El autor reprocha a los historiadores soviéticos el hecho de prestar atención especial a la parte económica y partir de la prioridad de la economía. Trata de representar los hechos de tal forma, que un minucioso análisis de la economía en las investigaciones históricas y el reconocimiento de la prioridad de la existencia ante la conciencia, reflejan la “estrechez de clase” de los historiadores soviéticos, son “síntomas de determinismo” y “limitan” la posibilidad de un análisis de factores subjetivos (pp. 26-28).

11. Pero el reconocimiento de la supremacía de la existencia ante la conciencia no excluye, en forma alguna, la necesidad de llevar un cálculo, estrictamente científico, tanto de los factores objetivos como de los subjetivos. Justamente, éstas son las posturas que adoptan los sabios soviéticos. Además, la ciencia marxistaleninista parte del reconocimiento de una unidad indisoluble de la economía y la política. Solamente a la luz de la incompreensión de la esencia del método históri-

co marxistaleninista se puede explicar la afirmación del autor de que los historiadores soviéticos recorren tan sólo la mitad del camino, estudiando las premisas del desarrollo de la sociedad y sin revelar la influencia de las ideas en el desarrollo de la última. En realidad, toda la experiencia de la teoría y práctica del marxismoleninismo demuestra la gran fuerza de las ideas, las cuales apoderándose de las masas, se convierten en una fuerza material.

12. El método marxistaleninista de investigación de los fenómenos socioeconómicos parte de la imprescindibilidad de un análisis de acción conjunta de todos los factores que determinan el curso del proceso histórico. Precisamente, en esto es en lo que hacen hincapié los sabios soviéticos. Por ello, cualesquiera que sean las tentativas de contraponer, en los trabajos de los especialistas soviéticos, los principios "económico" y propiamente "histórico", inevitablemente resultan sin fundamento.

13. J. Ortega afirma que los trabajos soviéticos vistos por él acerca de la historia de la Revolución mexicana, el análisis de las fuerzas clasistas, o la revelación del carácter de clase de cualesquiera procesos, predomina bruscamente sobre la característica de los problemas nacionales de tipo general (pp. 187-188). El considera que la ignorancia de los problemas nacionales, en general, es típica de la ciencia histórica marxista. Pero los marxistasleninistas nunca, ni en ninguna parte, han negado la necesidad e importancia de un estudio minucioso de los problemas nacionales de tipo general, tales como la conquista y defensa de la independencia política. En lo que concierne a los trabajos examinados por el autor, precisamente un análisis acertado de la disposición de las fuerzas clasistas, en el curso de la Revolución mexicana, constituye el éxito de los historiadores soviéticos y hace que sus trabajos sean sólidos, ya que sin este análisis no es posible comprender el curso, la esencia y los resultados de la misma Revolución.

14. Para J. A. Ortega, existe un cierto "campo común de todos los mexicanos" del periodo de la Revolución. Pero ¿podrá negar el hecho, por ejemplo, tan obvio, de que los líderes campesinos Villa y Zapata, el presidente Madero y el general Carranza se situaban en distintas posiciones de clase?

15. Una de las tesis del autor se refiere al carácter "rectilíneo" de los trabajos soviéticos, lo cual lo relaciona él con la aspiración de la historiografía marxista de convertir la historia en una ciencia exacta, con la pregonada "inclinación económica" en las publicaciones históricas soviéticas. J. A. Ortega escribe que esas publicaciones son secas, y carecen de matices emocionales (pp. 24-25, 142-143, 169-170). En su imaginación, la metódica del trabajo de nuestros historiadores no se distingue por mayores complicaciones: para un esquema creado de antemano, se seleccionan datos, los cuales, posteriormente, se elaboran colectivamente; esta colaboración se compone, como mínimo, de tres personas (el autor, el recopilador de datos y otra tercera persona que prepara el texto en concordancia con el plan y orientación metódicas) y además, el redactor que comprueba la verificación ideológica de lo escrito (véase pp. 28-29).

16. Esta afirmación de J. A. Ortega no tiene nada en común con la realidad. Las réplicas acerca de la pobreza del lenguaje de los historiadores soviéticos, y de cierto *argot*, eficaz, sin embargo "en calidad de idioma de las masas" (p. 15), están fuera de crítica. ¿Acaso la literatura soviética no está pletórica de vivos ejemplos, en los que la rigurosidad científica se combina con una brillante forma de exposición, y donde la

riqueza multifacética del idioma sorprende con frecuencia al lector?

17. En lo que atañe a las publicaciones desteñidas y grises que aún de vez en cuando aparecen en nuestro país, ¿acaso no es el mismo público soviético quien se pronuncia de la manera más resuelta contra esa clase de defectos?

18. Entre los reproches de J. Ortega, dirigidos a la historiografía soviética, aparece la acusación de que ésta cambia de opiniones en lo relativo al papel desempeñado por ciertos líderes políticos, o en cuanto al significado de unos u otros acontecimientos.

En particular hace mención del hecho de que en las nuevas publicaciones soviéticas, Simón Bolívar está caracterizado como un héroe nacional de América Latina, mientras que en los trabajos soviéticos de la preguerra, su actividad se apreciaba de otra forma (pp. 30-33). Pero la "reaparición de los valores" está lejos de indicar un enfoque erróneo de los acontecimientos. Por lo contrario, testimonia la postura creativa de los especialistas soviéticos hacia el estudio de la historia, la presencia de distintos puntos de vista en la ciencia historiográfica marxista-leninista y demuestra una vez más que la trivialidad no es inherente a los trabajos de nuestros autores.

19. La valorización del carácter y resultados de la Revolución mexicana de 1910-1917, presentada por los historiadores soviéticos (pp. 35, 38, 39, 151, 186-188, 192) suscribe bruscas réplicas por parte de J. A. Ortega. El considera, y no sin fundamentos, que la investigación de la historia de México es una de las principales corrientes en la historiografía soviética latinoamericanista. Pero todos los trabajos que él conoce de nuestros historiadores, a su juicio, persiguen por lo visto una finalidad: quitar la aureola de la Revolución mexicana y demostrar que el ejemplo mexicano no sirve para América Latina (p. 38). Semejante afirmación es absolutamente falsa. El público soviético siente gran estimación por la Revolución mexicana y aprecia altamente sus resultados. Nuestros investigadores hacen un análisis justo y objetivo del curso y resultados de la Revolución y demuestran su importancia ingente para el destino de México.

En la Unión Soviética honran profundamente el heroísmo del pueblo mexicano y de luchadores tan destacados como Zapata y Villa. En 1960 se conmemoró en la URSS el 150 aniversario del comienzo del movimiento de liberación nacional en Latinoamérica, y el 50 aniversario de la Revolución mexicana.⁸

20. De otro modo están las cosas en lo tocante al "carácter típico" de esta Revolución. J. Ortega escribe: "Nuestra Revolución, a pesar de sus errores pasados y presentes, puede servir de modelo para los otros países de Latinoamérica" (p. 38). A él no le complace que los investigadores soviéticos tengan su propio punto de vista al respecto. Pero rindiendo culto a la verdad, no pueden dejar de escribir acerca del carácter indeterminado de las reformas y sobre el hecho de que la Revolución de México fue reemplazada por el desarrollo evolutivo del capitalismo. Este hecho ha sido subrayado, con amargura, por muchos mexicanos. Basta con hacer una indicación a las declaraciones de conocidos estadistas e investigadores como Narciso Bassols Batalla, Lombardo Toledano y Jesús Silva Herzog.⁹

⁸ Véase G. A. Mielnikov, L. V. Piegushev, "El 150 aniversario de la lucha de la independencia de los países de Iberoamérica", *Mensajero de historia de la cultura universal*, 1961, núm. 5, p. 151-158.

⁹ Vid., por ejemplo, N. B. Batalla, *La Revolución mexicana cuesta abajo*, México, 1960.

21. No es casual que últimamente, en los trabajos de los autores norteamericanos, se haya marcado una determinada sobreestimación de las Revolución mexicana: en la actualidad, la historiografía burguesa y la sociología de Estados Unidos alzan por escudo a la Revolución mexicana como alternativa a la Revolución cubana.¹⁰

En el libro que reseñamos se advierten asimismo, no pocas acometidas torpes, con frecuencia de carácter absurdo. Por algo el libro mereció la aprobación de una persona hostil a la Unión Soviética, como el redactor de la revista *Cuadernos*, Ignacio Iglesias.¹¹

22. En el prefacio del libro, J. A. Ortega expone el pesar que le causa el hecho de que en México haya pocos especialistas que sepan el idioma ruso y que se dediquen al estudio de la Unión Soviética (pp. 11-12). Sólo se puede compartir ese pesar.

Confiemos en que no haya que esperar mucho para que llegue un tiempo en el que muchos latinoamericanos puedan leer las investigaciones soviéticas, en sus originales, y para que se traduzcan al español y portugués mayor número de trabajos soviéticos. Entonces surgirá una base más amplia para los debates conjuntos y las discusiones creativas.

23. Los latinoamericanistas soviéticos aspiran a una colaboración eficaz con los tratadistas de Latinoamérica. Tal colaboración, establecida con intenciones positivas, servirá de provecho a la causa de la amistad entre nuestros pueblos y a la propia ciencia histórica.

Y. G. MASHBITS

Traducción del ruso: C. Castellote de Wolny.

REPLICA

1. Lo primero que encuentro de enojoso en el texto crítico de Mashbits es que cada vez que tropezó en mi libro con los sustantivos *Iberoamérica* e *Hispanoamérica* y con los adjetivos gentilicios *iberoamericano* e *hispanoamericano* los tradujo por *Latinoamérica* y *latinoamericano*, respectivamente.* Al hacerlo así no sólo incurre en alteraciones semánticas, sino que adopta términos que tuvieron su probable origen en Washington o en París, su confirmación en el resto de Europa y su proyección incluso en los propios países iberoamericanos o indoamericanos, como también se escribe de vez en cuando buscando asegurar por el lado indigenista, como antes por el latinoamericanista, un nuevo tipo de enajenación histórica. Por supuesto no viene aquí al caso discutir ni debatir ahora por extenso sobre el ingenuo o intencionado escamoteo histórico llevado a cabo por Mashbits, con el que se pretende deshuesar la historia de estos países al declarar nominalmente inoperante a uno de sus elementos constitutivos: lo hispánico. Empero, sí creo necesario denunciar que el crítico soviético no tenía ni tiene ningún derecho a traducir impropriamente términos que para mí son claves. El pudo, en efecto, declarar su conformidad o in-

10 *Vid.*, por ejemplo, nuestro artículo "¿Cuba o México? Sociólogo americano acerca de los caminos de desarrollo de los países de Latinoamérica", *Problemas de Historia*, 1962, núm. 1, p. 183-185.

11 I. Iglesias, "América Latina vista por los historiadores soviéticos", *Diario de Ecuador*, Quito, 12-III-1962.

* Véase nuestra aclaración a la nota del propio Mashbits.

conformidad al respecto; mas lo que no podía hacer es lo que hizo: Traducir a su arbitrio impropriamente unos términos que para mí son históricamente significativos y orientadores. No es que me guste el bizantinismo nominalista ni que yo sea en punto a filología o semántica muy quisquilloso; es que en substancia no son histórica ni lingüísticamente equiparables las denominaciones Iberoamérica y Latinoamérica, al menos desde mi punto de vista. Mashbits, que clama al cielo por mis deslices interpretativos, debería haber sido fiel a los términos empleados en mi libro, pues que con ellos rechazo de antemano, intencionalmente, toda nueva dependencia neoliberal y neocolonialista. Salta a la vista que escribir Latinoamérica y latinoamericano puede ser cómodo, como lo es todo lo sancionado por el uso; pero es un tanto inadecuado dado que la denominación política citada resulta inapropiada, a mi modo de ver, para abarcar y mencionar el rico y distintivo complejo cultural de estos países hermanos tan iguales y tan distintos al mismo tiempo. Hay que aclarar también que en este asunto no tiene nada que ver la desacreditada "hispanidad" resucitada en Madrid y sahumada por los círculos hispanizantes iberoamericanos. Yo sería el primero en utilizar los términos empleados por Mashbits; mas siempre y cuando la integración de Hispanoamérica fuese un hecho, lo que está hoy todavía lejos de suceder, aun cuando hacia tal meta se marcha felizmente.

2. Subraya a continuación Mashbits lo que él llama el "carácter contradictorio" de mi libro, fundándose para así hacerlo en que si bien reconozco los méritos de la investigación histórica soviética mexicanista y considero la necesidad de tener en cuenta en lo sucesivo las interpretaciones marxistas de los historiadores soviéticos, tergiverso al mismo tiempo las finalidades perseguidas por ellos y me pronuncio contra la metodología marxistaleninista. A decir verdad no veo por mi parte ninguna contradicción flagrante en el hecho de que se me acusa, puesto que el reconocer ciertos méritos indudables no creo que me fuerce a admitir que todas las afirmaciones soviéticas tengan que ser aceptadas, a causa del método, como verdades inconcusas. El crítico soviético posee, según parece, un misterioso y perfeccionado detector de hostilidades, fundado en el antiquísimo principio bíblico de que el que no está en todo con ellos actúa contra ellos; lo cual explica a mi parecer el malicioso título de la crítica de Mashbits. Comprendo muy bien que todo historiador o crítico soviético se muestre celosísimo de la pureza de la teoría marxistaleninista y que tenga como consigna oficial-personal la defensa de la misma en no importa qué terreno; pero la delicada sensibilidad, casi a flor de la piel, de que dan muestras los críticos e historiadores soviéticos, o presupone unos principios filosóficos aceptados como artículos de fe, o presume la posesión precaria y superficial de la filosofía que debiera sustentarlos.

3. Lo que más le incomoda, según dijimos, son mis críticas relativas al mal empleo del método histórico utilizado por Alperóvich, Rudenko y Lávrov en sus análisis de la Revolución mexicana. He de aclarar aquí, como ya lo hice manifiesta y oportunamente en mi libro, que mis objeciones se limitan a los investigadores citados y en modo alguno a toda la historiografía soviética iberoamericanista, como parece da a entender Mashbits; por consiguiente, a confesión de parte relevo de prueba.

4. Aunque no puedo menos de coincidir con mi crítico en los primeros renglones del párrafo, disiento de él a partir de la expresión que comienza así: "Según Ortega..." He releído cuidadosamente las páginas

16 y 17 de mi libro, citadas por Mashbits y no me he encontrado con la imputación final que él censura. Quizás se refiere, pienso, a la exposición que hago del pensamiento de J. Gregory Oswald en la citada página 16; pero exponer un pensamiento no quiere decir adoptarlo forzosamente.

5. Me acusa Mashbits de no saber o no querer saber que los historiadores marxistas soviéticos siempre se han mostrado atraídos por el estudio de Hispanoamérica; mas debe recordar mi crítico que si bien desconocía yo que dicho interés puede remontarse incluso a los años veinte (Sviatkovski y Volski), con estudios sobre los jesuitas en el Paraguay y sobre las revoluciones en México, no pasó desapercibida para mí la *Nueva historia de los países coloniales y dependientes* de Mirosevskii ni tampoco los primeros ensayos de Marx y Engels e incluso de Trotsky relativos a España e Iberoamérica. Todos esos trabajos y sospecho también que los de Sviatkovski y Volski, dadas las fechas de su publicación (1924 y 1928, respectivamente), no muestran por ningún lado “el profundo y detallado estudio de la sociedad humana” que caracteriza por contra, según Mashbits, a la historiografía soviética iberoamericanista de nuestro tiempo. No es con ánimo de desacreditar a los padres del marxismo, ello sería pretensioso amén de absurdo, por lo que voy a presentar varias muestras históricas en las que se hace patente el *enmarañamiento* que presentaba ante sus ojos la historia española e iberoamericana, sino con el deseo de mostrar la absoluta carencia de objetividad que engalana algunas de sus parciales observaciones. A diferencia de los aventajados discípulos soviéticos de hoy día, Engels, por ejemplo, escribía en la *Gaceta* alemana de Bruselas (23-II-1848) lo que sigue: “Hemos presenciado con la debida satisfacción la derrota de México por los Estados Unidos. Tal derrota representa un adelanto, pues cuando un país envuelto en sus propias dificultades, perpetuamente desgarrado en guerras civiles, sin hallar una salida para buscar su progreso; un país cuyas mejores perspectivas hubieran sido su completa sumisión industrial a Inglaterra y que se ve obligado por la fuerza a un desarrollo histórico, no nos deja otra alternativa que considerar que su derrota es un paso hacia adelante. En bien de sus propios intereses convendría que México cayera bajo la tutela de Estados Unidos. En nada se perjudicaría la evolución del Continente Americano si Estados Unidos, adueñándose de California, llega hasta el Océano Pacífico.” ¿Injusto Engels? Puede que no; sólo que él, haciéndose eco de la secular idea del progreso, se decide por el liberalismo norteamericano democrático y progresista y condena naturalmente al sistema político-social y económico mexicano, al que ve retrógrado, teocrático y anárquicamente revolucionario.

Marx, atizando en su turno la candela del desprestigio, ya no solamente se contentará con justificar el despojo por la misma vía progresista liberal, sino aun por la étnica. Los mexicanos eran, según Marx, “les derniers des hommes”, como correspondía ciertamente a su origen histórico y racial. Refiriéndose a los norteamericanos de 1847, escribía lo siguiente: “En los yanquis se encuentran sentimientos de independencia y de valor personal en un grado quizás mayor aún que en los anglosajones. Los españoles son seres degenerados; pero un español degenerado es el ideal. Todos los vicios del español, grandilocuencia, jactancia, quijotería, aparecen en los mexicanos elevados a la quinta potencia, pero sin la dureza del español. La guerra de guerrillas en México es una parodia de la de España, y hasta las tropas de línea que huyen en los campos de batalla son infinitamente superadas por los yanquis. Debemos, en cam-

bio, reconocer que los españoles jamás han producido un genio como Santa Anna." Este extraño argumento de Marx no podía tener otro objetivo sino el de demostrar la inevitabilidad de nuestra desaparición del mundo histórico como nación; desaparición que, como puede verse, está montada sobre un elemento tan subjetivo, deleznable y anticientífico como el concepto de raza. Además, estos argumentos históricos (?) de Marx y Engels se presentan paradójicamente como portavoces expresos de la doctrina del *Destino Manifiesto* norteamericano.

He de insistir en que no me mueve el deseo de desprestigiar a los dos gigantes creadores de la filosofía marxista a cuenta de los extremos citados, pues que ambos tenían sus razones para ver y enjuiciar así los hechos históricos. Lo que salta a la vista es que tanto ayer como hoy cuando faltan datos, comprensión de las circunstancias históricas y simpatía, y sobran, por contra, falaces informaciones, antipatías tradicionales y subjetividad los resultados del análisis histórico no pueden ser sino falsos, tendenciosos e injustos. Ahora bien, no se entienda por lo transcrito que pretendo demostrar que los historiadores soviéticos citados hacen suya tan inicua línea interpretativa, porque antes bien muestran lo contrario. De todas formas la herencia intelectual denostadora ha pasado de uno o de otro modo no sólo a ellos sino al resto de la nutrida legión en calidad de resentimiento antihispánico operativo y demostrante: los estudios historiográficos soviéticos que yo conozco, relativos a Hispanoamérica, cojean todos del mismo pie denigratorio.

Desde luego Marx y Engels apoyarían hoy muy gustosos las posiciones politicoeconómicas iberoamericanas frente a las pretensiones continentales exclusivas y dominantes de los Estados Unidos; cuando menos sus descendientes espirituales leninistas, los historiadores soviéticos americanistas, prueban hoy día con sus tesis antiimperiales la posibilidad de mi absurda y pues antihistórica atribución.

6. Hace hincapié mi crítico en que no establezco diferencias entre la historiografía soviética y la norteamericana y que no hago distinguos entre la expansión ideológica del imperialismo estadounidense y las declaraciones amistosas de los soviéticos. Creo sinceramente que Mashbits no me ha leído bien o lo ha hecho en volandas: lo que sostengo es que ambas, aun siendo como son tan diferentes en sus principios, métodos, tácticas y finalidades, resultan, sin embargo, coincidentes. La tendencia historiográfica neoliberal-capitalista y la corriente marxistaleninista, cada una por su lado, suman aun sin quererlo sus esfuerzos para hacer patente nuestro descrédito histórico. Los manifiestos o latentes ataques críticos contra la tradición y los fundamentos hispánicos de nuestra historia política, social y económica (lo cultural, por causa de su innegable riqueza conformadora, está aún en su mayor parte libre de sus acometidas, aunque hay ya suficientes barruntos de agresividad),* representan una grave amenaza contra nuestro ser histórico, dado que las pretendidas verdades crítico-científicas alcanzadas tienden a desvincularnos no sólo de nosotros mismos sino de los otros iberoamericanos y de todos entre sí.

El liberalismo burgués del siglo XIX y el de nuestros días tenía y tiene respectivamente sus razones múltiples para declarar inoperante a lo hispánico; pero lo irritante es que se sume a esa corriente crítica la

* Cuando menos resulta curiosa la coincidencia de las escuelas anglosajona y soviética al considerar que la famosa *leyenda negra*, tan debatida, no tiene nada de legendaria y sí muchísimo, o por mejor decir, todo de melanosa y cruel realidad.

historiografía soviética de ayer y de hoy, sin darse acaso cuenta de que al hacerlo así, o bien prolonga, como apunté líneas arriba, la añeja tradición hostil, antihispánica, de raíz judaica, del fundador del marxismo, o se suma inconsciente o tal vez conscientemente a la alegre empresa común y por demás interesada de la alineación histórica.

Para mí la tradición hispánica es un vínculo imprescindible que permitirá (ya lo está permitiendo) a los pueblos iberoamericanos reconocerse, reencontrarse y luchar y defenderse unidos de las poderosas presiones y arremetidas imperialistas del coloso norteamericano; por consiguiente todo lo que tienda a debilitar o enajenar el valor de esa valiosa vinculación es facilitar el camino a las fuerzas absorbentes del capitalismo industrial y financiero estadounidense. Por eso es que clamé al final de mi libro (p. 193) por una interpretación marxista de nuestra historia; empero desde México, porque estoy seguro de que los marxistas mexicanos no podrán menos de considerar el valor de la atadura común en función de sus propias circunstancias históricas: mexicanas e iberoamericanas. Es muy posible que un historiador marxista mexicano, empleando inteligentemente el método del materialismo histórico, obtenga incluso radicalizaciones más severas y condenatorias que las de cualquier historiador soviético; mas en la búsqueda de sus verdades tendrá por fuerza que exponerse y jugarse dramáticamente su propio ser histórico: un riesgo que, con perdón de Mashbits, no podrá nunca correr el más sincero, objetivo y bienintencionado de los autores soviéticos. Por consiguiente, no es mi intento, como de cierta manera lo insinúa Mashbits, protestar ni poner un absurdo coto a las actividades historiográficas americanistas de los extranjeros; los rusos pueden y deben incursionar por la historia de México y de Hispanoamérica siempre que lo deseen y no podré menos de sentirme halagado por su dedicación y desvelos históricos; mas este sincero reconocimiento no me puede obligar a disimular ni a ocultar los resultados enajenantes de su mensaje, al que en mi libro calificué, con indignación comprensible de mi crítico, de *imperialismo cultural soviético*.

7. Según Mashbits mi incompreensión de las auténticas finalidades de la ciencia historiográfica soviética se debe "ante todo a la escasa profundidad de [mis] conocimientos". Creo interpretar por "conocimientos" los relativos a la filosofía marxista y al materialismo dialéctico e histórico que la explica y mueve; y efectivamente no tengo empacho en confesar que no puedo ni fue mi intención alardear al respecto de profundos estudios marxistas, aunque los pocos que poseo no son tan superficiales como lo supone Mashbits: al menos no me considero tan desamparado intelectualmente cuando sopeso los conocimientos que maneja mi erudito crítico en su crítica.

8. Mashbits se permite recordarme que Marx y Engels demostraron la inevitabilidad de las revoluciones socialistas y la bancarrota del colonialismo; yo me tomo a mi vez la libertad de recordarle algo que es muy bien sabido de todos: que la tesis socialista de Engels expuesta en 1847 en el trabajo intitulado *Principios del comunismo*, y según la cual la revolución socialista podía producirse simultáneamente en todos los países capitalistas, o al menos en Inglaterra, los Estados Unidos, Francia y Alemania, es decir, en los países más altamente industrializados por entonces, falló lamentablemente. La revolución socialista tardó bastante más de medio siglo y cuajó precisamente en Rusia, uno de los grandes países europeos de menos desarrollo industrial por aquel tiempo. La vida, justo por ser vida, no puede ser predecible, y si lo fuese ya no

sería vida; así lo prueba la revolución socialista china, que triunfó en oposición a todos los cánones dogmáticos stalinistas, o como lo prueba todavía mejor la revolución cubana, la más anticanónica de todas las marxistas habidas hasta ahora, y que hubiera asombrado sin duda al astuto Lenin e incluso al previsor Marx, aunque siempre dejó éste entornadas las puertas para dar paso a lo imprevisible.

La metodología marxista, según se anuncia, abre el camino para arribar al conocimiento objetivo y científico del mundo; y la manoseada afirmación es reiterada por Mashbits en forma semejante a como lo hace el que acepta sin más trámites los mandamientos de la Santa Madre Iglesia. Sin embargo, hay que preguntarse ¿en qué se basa la condición de posibilidad y de valoración de la objetividad histórica postulada como científica por el crítico soviético? Mashbits, en llegando a este punto, podrá contestar que de acuerdo con la tesis del materialismo dialéctico el ser social es lo primario y la conciencia social lo derivado; es a saber, que para comprender la estructura y el desarrollo de la sociedad hay que considerar en primer término el modo y las relaciones de producción de los bienes materiales y secundariamente hay que tener en cuenta las ideas filosóficas, políticas, religiosas o morales. La respuesta parecerá contundente y definitiva; pero siempre será posible seguir preguntando de qué manera llega el historiador marxista a conocer la forma de producción. Desde luego, sólo le será posible conocerla, analizarla y comprobarla utilizando las fuentes históricas correspondientes; es decir, recogiendo, acumulando y *sobre todo seleccionando* los materiales informativos de primera, segunda, tercera y hasta cuarta mano que pueda encontrar (heurística). Pero entonces salta a la vista que las fuentes informativas sobre el modo de producción no son ellas mismas el modo de producción, sino simplemente derivados conceptuales, inclusive así se trate de meras estadísticas ya originales, ya inventadas, o ya deducidas. Más aún, como toda fuente documental está gravada con el peso subjetivista del autor, testigo o simple transcriptor, la validez objetiva de la fuente, así como la conclusión científica obtenida durante el examen analítico serán siempre cuestionables. Claro está, podrá argüirse que todo documento puede ser sometido a un severo tratamiento hermenéutico para que se haga visible su significado más recóndito y cierto; pero el tratamiento técnico más fino nunca podrá revelarnos con absoluta certeza la verdad última, permanente, substancial. Allende esto hay que considerar asimismo que en el caso de disponer de varias o muchas fuentes el problema se complica, porque en la forzosa selección subyace la sutil trampa de la subjetividad.

Me permito también recordar a Mashbits que no siempre la ciencia histórica soviética ha mostrado un correcto empleo de la objetividad, tal y como lo sostiene mi crítico. No quiero repetir los ejemplos iberoamericanos que di en mi libro para ilustrar el caso, y que de hecho no han sido refutados en la réplica soviética que he incluido aquí; pero todos ellos ponen de relieve claramente lo que califiqué en mi libro de politización de la historiografía soviética, o subordinación de la investigación histórica a los intereses políticos del momento. Para demostrar esta presunta herejía me voy a permitir ahora utilizar otros ejemplos más generales: todo el mundo recuerda con extrañeza la manera como se puso término en 1952 a la discusión histórico-científica en torno al muy celebrado y debatido "modo de producción asiático", que ha sido considerado hasta hoy como una variante oriental de la sociedad esclavista clásica, de acuerdo con la limitada orientación proporcionada por Morgan-En-

gels, y sin tener para nada en cuenta las sagaces observaciones del propio Marx en el libro III del *El Capital* ni incluso su bosquejo de 1859 sobre *Las formas que preceden a la producción capitalista*, publicado por primera vez en ruso en 1939. Durante la célebre Conferencia de Leningrado (1931), conectada con el fracaso de la revolución china de 1925-1927, se rechazó política, pero no científicamente, bajo la presión de Stalin, la existencia de un modo de producción asiático y aun se decretó la prohibición de mencionar siquiera el término. Otro caso de lo que yo llamo politización de la historia en la Unión Soviética fue la discusión de 1958 en la Universidad de Moscú sobre las famosas “capas medias”. Profesores de orientación filosófico-histórica stalinista, es decir, mediatizados por el no menos famoso “culto de la personalidad”, y profesores antistalinistas se enzarzaron en discusiones más o menos bizantinas hasta que casi por decreto y para sosegar los ánimos se determinó que la interpretación limitada del caso que dio Stalin era errónea. Parece ser que a pesar del ucase oficial una buena parte de los camaradas profesores siguió aferrada a la vieja fórmula.

Como comprenderá Mashbits por estos dos dechados, lo que está ahora a discusión no es la mecánica del materialismo histórico, sino la sectaria y dogmática interpretación del mismo durante el larguísimo periodo del culto a la personalidad, que no únicamente se opuso a todo intento de explicar mejor la realidad histórica, sino que declaró trotskistas a los que defendían científicamente el modo de producción asiático e incluso *liquidó* pura y simplemente a un cierto número de partidarios del sistema. “A las personas indeseables —escribe el académico soviético B. Ponomáiov— se les proscribía de la ciencia y a menudo se las eliminaba físicamente. Se difamó a los notables historiadores soviéticos Lukin, Piontkovski y otros.” Esto quiere decir, ni más ni menos, que el espíritu de partido se oponía a la objetividad y que la ciencia histórica soviética estaba sometida servilmente a las inspiraciones egolátricas emanadas del culto ya tantas veces citado. Considerando todo lo anterior, la historiografía soviética que yo conozco se me presenta subordinada a los intereses políticos, sometida casi exclusivamente a éstos, y por lo tanto, resulta sospechosa, fluctuante, palinódica. Ayer estuvo subordinada la historiografía soviética a la tarea de la exaltación de la personalidad de Stalin; hoy se nos presenta igualmente sometida a los intereses del partido-estado soviético. Empero, ¿quién garantiza en el futuro la imposibilidad de un nuevo culto personalista o la reapertura del antiguo? Además, ¿quién asegura al propio Mashbits que un buen día de éstos no se le encargue la rehabilitación histórica de Stalin? Nadie en efecto; mas si llegare tal vez la hipotética posibilidad, Mashbits podría decir con toda seriedad eufemística que se trataba de una “reapreciación” valorativa y creadora. Y habría que darle la razón siempre que no intentase convencer al lector de su apego y fidelidad a su querido método científico del materialismo histórico.

9. No se puede menos de aplaudir en este caso la inclusión de ensayos, estudios y artículos burgueses en las revistas históricas soviéticas, así como la traducción de ciertas obras de historia provenientes asimismo del campo burgués; pero yo me refería a la imposibilidad de publicar un estudio norteamericano tan agresivo como el de Lavretskii en una revista histórica soviética de divulgación. En tanto que Mashbits no lo especifique con mayor precisión seguiré creyendo que tal posibilidad es meramente hipotética. En un país como la URSS, en donde por razones políticas, estatales, se condena a dos escritores y se legaliza la monstruo-

sidad mediante la farsa de un hediondo proceso, no creo que sea normal la práctica que apunta mi crítico. En tanto que el Estado soviético tenga aún necesidad de afirmarse y prolongarse históricamente, como lo pensara Lenin desde la Primera Guerra Mundial (*El Estado y la revolución*) y como después lo reconocería y prolongaría Stalin, a fin de justificar la instauración —hasta ahora todavía retardada— del socialismo y, con él, la organización y salvación de la masa obrera inorgánica y carente de plena conciencia, no será posible el ejercicio autónomo de la libertad y de una sana, irónica y, si es preciso, irreverente autocrítica.

10-12. Las críticas que hice en mi libro a los cuatro autores soviéticos tienen por base el empleo dogmático y mecanicista que del método del materialismo histórico han llevado a cabo los citados historiadores. Ya Engels, a su debido tiempo, había llamado la atención sobre el error de otorgar a las fuerzas estrictamente productivas un predominio o determinismo absoluto y unilateral sobre la conciencia y sobre las superestructuras. Marx insistió también en lo mismo a partir de 1859 (*Crítica de la economía política*) y en otros numerosos textos, si bien afirmó siempre la primacía del ser sobre la conciencia. Empero con Stalin, como ya lo indiqué en mi libro (p. 26), las superestructuras se independizan bastante de la infraestructura (*Vid., Marxismo y problemas de lingüística*, Moscú, 1954, p. 9). Las circunstancias históricas (Revolución de 1917) obligarán a Stalin a otorgar un gran papel a las instituciones del Partido y del Estado soviético, así como a las ideas y teorías, como puede leerse en su *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*. Es decir, la supraestructura (ideologías, Partido, Estado, cultura, etcétera) se adelanta incluso históricamente respecto al desarrollo de la base y del régimen económico, y goza además de cierta prioridad, de cierto papel activo que, a decir verdad, no pertenecen estrictamente a la filosofía de Marx. Conviene recordar que el propio Stalin en sus *Problemas económicos del socialismo en la URSS* (Moscú, 1952), reaccionaba contra ciertos abusos de tipo idealista, de los que creían voluntariamente que todo era posible mediante la instrumentación; mas él mismo otorgaba a la *ley económica fundamental del socialismo* un valor ideal que no era resultado inmediato de las fuerzas de producción (p. 45). Stalin llegó incluso a admitir la posibilidad de una superestructura indisciplinada, opuesta a cumplir su cometido de defensa activa de la base (*Marxismo y problemas de lingüística*, p. 7). Se comprende que para que los hombres del Partido y del Estado puedan percatarse de esta oposición e indiferencia superestructurales es necesario que el marxismo se haya convertido dentro de ellos en una ideología puesta al servicio de una infraestructura cuyo desarrollo no tanto depende de las fuerzas y relaciones de producción sino de un saber teórico aplicado hábilmente.

Ahora bien, esta comprensión teórica que vela y se ejerce constantemente es la que dictaminó antaño, sin duda alguna, las terribles purgas; condena hogaño a Pasternak y procesa irracionalmente a Siniavski y a Daniel. Purgados de ayer y sentenciados de hoy fueron vistos como enemigos del Estado soviético; a saber fueron considerados traidores y ajenos (en cuanto pertenecientes a la elite supraestructural) a la base.

Los cuatro historiadores soviéticos censurados por mí crecieron y se educaron en una época dominada por el culto a la personalidad de Stalin; es decir cuando predominaba la interpretación filosófica del marxismo hecha por el famoso georgiano en su *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*, en donde disocia la dialéctica del materialismo —como puede observarse ya desde el título— con desdén del nexo ínti-

mo establecido entre sus respectivos significados, corriendo el riesgo dicho materialismo de convertirse en un vergonzante *idealismo*; en una nueva metafísica de lo real, o para mejor expresarlo, siguiendo fielmente a Stalin, en una *teoría del conocimiento*, y por lo mismo una teoría todo lo burda y radicalmente realista que quiera pensarse. Se comprende que Rudenko, Alperóvich, Lávrov y Lavretskii por apartarse del Scylla staliniano hayan ido a naufragar en el Caribdis determinista aun sin quererlo. Acostumbrados durante un largo periodo histórico a remar encadenados en la galera filosófico-personalista de Stalin, se comprende que no haya sido fácil para ellos pilotear la nao por sí solos y dirigirla al buen puerto de la actual ortodoxia marxistaleninista.

No negué por consiguiente, en mi libro, como sostiene Mashbits, la unidad indisoluble del materialismo dialéctico; pero seguiré insistiendo en que las interpretaciones de los susodichos historiadores soviéticos resultan incompletas, dado que desdeñan o minimizan la importancia de algunos factores y especialmente el papel de las ideas en el desarrollo de la sociedad mexicana antes, en y después de la revolución. Tampoco niego que, de acuerdo con el método marxistaleninista de investigación, el historiador marxista tenga que analizar el mayor número posible de factores determinantes del proceso histórico, porque de acuerdo con el propio Lenin es preciso tomar no casos aislados, sino *todo el conjunto* de los hechos concernientes a la cuestión que se examina, sin una sola excepción (*vid.*, *Obras*, 4ª ed., t. 23, p. 266). Sólo así, sobre "el fundamento de hechos exactos e indiscutibles" se podrá considerar auténtica una investigación. Empero, ¿lo han hecho así mis criticados? Me parece que no, como puede observarse en la disociación entre ciertos hechos económicos fundamentales y los correlativos históricos manipulados especialmente por Lávrov, Rudenko y Alperóvich. ¿Qué explicación dan estos historiadores soviéticos del papel importantísimo representado por el general Obregón en el proceso de la Revolución mexicana? Seguimos esperando la respuesta. ¿Por qué no se dice ni una sola palabra sobre el crédito agrícola bancario que se otorgaba a los terratenientes, que fue prohibido en 1908 por el secretario de Hacienda y que en parte propició el éxito de los revolucionarios de 1910, puesto que dichos terratenientes (grandes, medianos y chicos), irritados con el gobierno, no hicieron nada por defenderlo? Podríamos multiplicar las preguntas, nuevas y antiguas, pero no viene al caso hacerlo ahora dentro de este contexto contracrítico.

13. Tengo que insistir sobre la generalización que una y otra vez atribuye Mashbits a mis juicios. En ninguna parte de mi libro sostengo que la "ignorancia de los problemas nacionales, en general, es típica de la ciencia histórica marxista". Esta atribución la creo injusta puesto que lo que he censurado es que los objetivos nacionalistas mexicanos no están debidamente estudiados e incluso en muchos casos son desdeñados por los historiadores soviéticos. La nación mexicana y el nacionalismo mexicano no sólo son resultados de la trabazón económica de comunidad vital y de la fuerza ascensional burguesa iniciada a principios del siglo XIX, sino también una categoría histórica con particularidades semejantes a las europeas y con otras completamente originales y propias. Méjico en particular e Iberoamérica en general están constituidos por una raza, una cultura y una historia mestizas; hecho específico determinante que no se puede ignorar. Si armados con las conclusiones stalinianas expuestas en *El marxismo y el problema nacional y colonial* (ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1941) se intenta el análisis del nacionalismo

mexicano, las conclusiones serán fatalmente falsas. La *mesticidad*, permítaseme el neologismo, tiene un importante desempeño en la lucha de clases en México; un papel que colorea y matiza peculiarmente la oposición de las fuerzas clasistas.

14. El “campo común” a que se refiere Mashbits no es para mí sino la *conciencia histórica* mestiza que como valor patriótico aúna a todos los mexicanos, pese incluso a las notorias diferencias aún existentes entre los distintos componentes étnicos que constituyen al gran núcleo mestizo.

Lo que yo indicaba es que precisamente los dos caudillos populares (mestizos ambos) Villa y Zapata, en un momento crucial para el país, invasión americana, no comprenden lo peligroso del momento, justo porque su clase era la que menos podía entender la gravedad del problema. En todo caso la reacción de Villa contra los Estados Unidos (Columbus) surge del resentimiento que le provoca la promesa incumplida de apoyo. Como regla general la clase más baja es la más alienada y sin embargo no deja de tener una firme conciencia patriótica y un acreditado fervor nacionalista; el fenómeno sólo puede explicarse si consideramos una conciencia superestructural que a través de la elite, depositaria de la experiencia histórico-cultural, organiza, des-enajena a la masa e insufla en ella ciertas ideas que permitirán a dicha masa tomar conocimiento de sí misma y transformarse en una fuerza material. Pero lo que quedará siempre en el más absoluto misterio pentecostésico es la manera como las ideas mediadoras de salvación se plasman en la conciencia de la elite (llámense individuos o partido) y pasan de ella a la clase proletaria y campesina.

15-17. Me gustaría aceptar todas las explicaciones que formula Mashbits contra mis críticas referentes al sistema y al estilo de redactar la historia que tienen los historiadores soviéticos. Mas no podrá negar, me figuro, las censuras que provienen de su propio campo: “Nuestras revistas de historia —escribe el ya citado académico soviético B. Ponomáriov— han merecido el reconocimiento de la opinión científica soviética y extranjera y entrado sólidamente en las ciencias históricas; en torno a ellas se ha formado un amplio activo de autores y lectores. Sin embargo, en su actividad hay muchos puntos débiles. La temática de las revistas tiene con frecuencia un carácter casual y se determina a veces, no por un plan de los consejos de redacción minuciosamente pensado, sino por la “cartera” que se forma de manera espontánea en la redacción. En las revistas aparecen todavía artículos sobre temas insignificantes, parciales. La mayoría de los artículos *se escriben con un lenguaje pesado, inexpresivo, que a menudo ahuyenta al lector* [subrayado mío]. Y hablando acerca de las reseñas, el académico añade que son por lo general poco profundas y que se doblégan a “una especie de molde”. No está en mi ánimo atribuir estos defectos a la recensión de Mashbits; pero sí quiero insistir en que los textos traducidos al español de Rudenko, Alperóvich y Lávrov presentan esas faltas denunciadas por Ponomáriov. Y desde luego están fuera de toda crítica la literatura rusa de ayer y la soviética de hoy, su heredera, como lo justifican los dos premios nobeles alcanzados legítimamente por Rusia (Pasternak y Sholójov).

No censuro tampoco, por el prurito de censurar, el trabajo en equipo, siempre que cada autor participante muestre la suficiente autonomía en su tema. Las discrepancias más o menos disimuladas y sutiles que presentan las diversas redacciones conjuntas antes bien enriquecen que empobrecen la combinación. Mas la manera como en la Unión

Soviética se hacen tales trabajos colectivos no es por supuesto la más recomendable. Mashbits objeta mi explicación; pero es el caso que precisamente hojeo y ojeo en este momento los muy divulgados *Fundamentos de la filosofía marxista*, escritos por diez profesores soviéticos especialistas, donde aparece como definitivo redactor el académico F. V. Konstantinov. El lenguaje de esta obra se nota chato, muletillero y corriendo casi a ras del suelo; y como conozco muy bien a los dos traductores de la obra en cuestión no es achacable a la traducción española el frío y pesado aplanamiento del texto.

18. Ya abordé el asunto al final del párrafo 8 e insistiré nuevamente que es algo más que una “reapreciación de valores” saltar del Bolívar *canalla al patriota*: si ello no constituye un enfoque erróneo no sé entonces qué será. Precisamente la presencia de distintos puntos de vista en la ciencia historiográfica soviética demuestra no por cierto trivialidad, que sería incluso perdonable, sino el empleo obsoleto de la lógica tradicional. La maniquea caracterización de Bolívar nos recuerda las explicaciones del veterano sargento ante el sumiso tropel de reclutas expectantes: “flanco derecho es lo mismo que flanco izquierdo, sólo que al revés”. No es ésta la ocasión para presentar la parpadeante imagen de Bolívar a través de la historiografía soviética; pero Mashbits, que la ha de conocer muy bien, tendrá que admitir conmigo que no hay otro caso semejante en toda la historiografía de la cultura occidental. Desde el *Diccionario enciclopédico* ruso de 1891, pasando por las diversas ediciones de la Breve y Gran enciclopedias soviéticas, hasta el año de 1939, en que los soviéticos descubren la opinión negativa de Marx sobre Bolívar en la *New American Encyclopaedia* de 1858, la curva de la apreciación y del interés bolivariano resulta enloquecedora, cardíaca y desconcertante. De 1939 a 1956-1957 los bonos de Bolívar alcanzan la cotización más baja y deleznable, para volver a subir, casi vertiginosamente, desde 1958 hasta nuestros días. En 1956 en la revista *Problemas de Historia* (*Voprosy Istorii*, núm. 11, 1956, pp. 52 y ss.), un cuarteto de historiadores soviéticos arremete con gran desfachatez contra la mayoría de los historiadores burgueses (norteamericanos y españoles esencialmente) por presentar éstos a Bolívar y a los otros caudillos militares de la independencia como dictadores y déspotas alejados de las masas populares; justamente el mismo punto de vista que la historiografía soviética había venido repitiendo desde 1939 hasta 1957. Ni qué decir tiene que los dichos historiadores burgueses, a los que se cita por sus nombres, son declarados despreciables y reaccionarios, apologistas de las dictaduras agrofeudales de Iberoamérica. En 1958 la biografía de Lavretskii (uno de los componentes del cuarteto) marca la apoteosis de Bolívar, con todo y un prefacio del gran poeta chileno Neruda. Por supuesto el caudillo ya no es presentado como un dictador temeroso de las masas, sino como un héroe popular a la altura del arte. El Bolívar de Lavretskii es también antinorteamericano y antirreligioso, y para demostrarlo el historiador soviético, sin reparar en barras, amaña las citas, en el primer caso, y se hace eco de leyendas sin fundamento, en el segundo. Según Lavretskii, Bolívar no murió invocando al Dios de sus padres y abuelos, sino pensando en su maestro, en un sobrino, que era su predilecto, y sosteniendo en sus débiles manos *El Contrato Social* de Rousseau; pero en el testamento manuscrito de Bolívar puede leerse que hizo votos de “vivir y morir como católico y cristiano sincero”. En efecto, el 17 de diciembre de 1830 en la hacienda de San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta, propiedad de su

amigo el español D. Joaquín de Mier, murió *El Libertador* con el crucifijo en las manos; el obispo de Santa Marta y otros sacerdotes católicos lo visitaron antes de tan angustioso trance.

19. He creído necesario poner en claro, a título de posibilidad, el mensaje latente de la historiografía soviética y norteamericana, que consiste en dar a entender que el ejemplo revolucionario mexicano resulta inútil e inoperante para el resto de Iberoamérica (p. 38 de mi libro). Mashbits refuta tal hipótesis; pero sus críticas son flojas. Apela a la estimación que siente el pueblo soviético hacia México y su revolución, cosa que es de agradecer; mas no cae en la cuenta que aun apreciando los historiadores soviéticos los resultados de la Revolución mexicana, no pueden menos de verla, de acuerdo con la ideología marxista, como fallida y enajenante en último extremo, a pesar de sus importantes logros.

20. Se confirma lo afirmado en el apartado anterior, cuando se lee que “rindiendo culto a la verdad” hay que admitir, en efecto, que “la Revolución de México fue reemplazada por el desarrollo evolutivo del capitalismo”. Efectivamente la Revolución no podía sino evolucionar hacia formas capitalistas dado que desde su origen todos los principios puestos en juego procedían del arsenal político de la clase burguesa, a excepción del floresmagonismo, de raíz anarquista, y del zapatismo, de inspiración indigenista-colonial y regional-antirreformista. La mera exposición de este hecho histórico por parte de Mashbits y de los tres historiadores soviéticos implica la crítica latente de que hemos hablado líneas arriba, que incluso se ilustra con las declaraciones amargas de “tres conocidos estadistas e investigadores mexicanos”. Pero estos tres críticos socialistas mexicanos —caracterización política no indicada por Mashbits— jamás se han pronunciado ni es posible que los dos que aún viven (Lombardo Toledano y J. Silva Herzog, el desaparecido es N. Bassols) se pronuncien contra la ineficacia total del mensaje revolucionario y burgués allende la frontera sur, hacia Iberoamérica. Además tanto ellos como el propio Mashbits, amén de Rudenko, Alperóvich y Lávrov, saben muy bien que el gigante norteamericano no hubiese permitido otro tipo de revolución que no hubiese sido la liberal-burguesa, y contra la cual, a pesar de todas las simpatías analógicas, se resistió y aun opuso muy serios obstáculos intervencionistas. Más aún, invito a Mashbits para que recuerde conmigo lo que el propio Lenin escribió en su *Caricatura del marxismo*: “En los países avanzados [...] el problema nacional fue resuelto hace mucho; la unidad nacional ha rebasado su propósito; objetivamente ya no hay ‘tareas nacionales’ que cumplir. Por lo tanto sólo en esos países es posible ahora romper la unidad nacional y establecer la unidad de clases. En los países subdesarrollados, por el contrario [...], la situación es enteramente distinta. En esos países —como regla general— aún tenemos naciones oprimidas y subdesarrolladas desde un punto de vista capitalista. Objetivamente estas naciones todavía tienen tareas nacionales que cumplir, a saber, tareas *democráticas*, las tareas de arrojar a la opresión extranjera.” ¿Podrá negar Mashbits que la tarea democrática y nacional de los mexicanos, agravada por los complejos problemas del mestizaje, no podía sino derivar históricamente hacia el establecimiento de la democracia burguesa en México? ¿Podrá asimismo negar mi crítico que el poder político mexicano trabajó y “trabaja en armonía y en dirección al desarrollo que está de acuerdo con las leyes económicas” y no lo hace “contra el desarrollo económico”? Si pues Engels en su *Anti-Dühring* (2,

c. 4) y Lenin en la obra líneas arriba citada respaldan, como se ve, a priori, la dirección correcta tomada por la revolución burguesa mexicana, no entiendo por qué Mashbits ha de censurar la evolución capitalista de nuestra revolución. Con perdón de Mashbits me parece que la actitud sectaria que él trasluce representa la inercia filosófica de los que todavía viven bajo el influjo del culto a la personalidad.

Como lo ha podido ir viendo el lector, no se trata de que me complazca o no el punto de vista ruso: de lo que se trata es de exhibir el significado velado, hondo y oculto que creo haber descubierto en las críticas soviéticas y que estoy bien lejos de considerar como una conspiración.

21. Estoy, ahora sí, totalmente de acuerdo con Mashbits en este apartado. Efectivamente no tiene nada de casual la sobreestimación de la historiografía y sociología norteamericanas respecto a la Revolución mexicana. La explicación es convincente y me atrevería a añadir que algunos intelectuales norteamericanos intentan explicar ahora los éxitos de la revolución durante estos últimos años como una comprobación de las ventajas que ofrece la famosa *Alianza para el progreso*. La cosa no deja de ser chusca, si no es que completamente absurda; mas en este ingenuo o intencionado hecho yace asimismo ínsita la ya indicada idea de pretender minusvalorar la revolución por la cómoda vía atributiva.

Desde otro punto de vista es natural que los norteamericanos, y en el mismo caso están, según creo, los soviéticos, simpatizen ahora con la Revolución mexicana, pese a sus imperfecciones, y la prefieran a las contrarrevoluciones y golpes de Estado que parecen ser hoy día la tónica para el resto de Hispanoamérica. De todos modos es reconfortante observar que nuestra revolución, pese a sus fallas, que soy el primero en combatir y lamentar, está siendo redescubierta en Hispanoamérica. Por mi parte estoy firmemente convencido de la necesidad de proyectar su positivo mensaje y realizaciones más allá de nuestra frontera sur, como parece haberlo entendido la cabeza política más representativa del país. He experimentado la máxima satisfacción cuando he visto confirmado mi pronóstico de hace varios años, al poner en práctica el presidente de la República, licenciado Adolfo López Mateos, un viaje de buena voluntad por Sudamérica. En noviembre de 1960 terminé el prólogo de mi *Historiografía soviética iberoamericanista* con estas palabras: "Ni oficial ni institucionalmente y aún menos en lo particular nos hemos preocupado porque nuestra voz y nuestras obras repercutiesen con ecos dirigidos allende el Suchiate. Empero algún valor ha tenido y tiene todavía nuestra Revolución cuando a pesar de nosotros mismos sigue siendo una esperanza redentora para los otros." Los viajes iberoamericanos del ex-presidente Adolfo López Mateos y del actual mandatario, licenciado Gustavo Díaz Ordaz,* confirman halagadoramente mis previsiones, modestia aparte.

22. Recordará el lector que cuando inicié este trabajo me referí al hecho de que Alperóvich destacaba con sutileza que mi libro había sido elogiado por ciertos círculos reaccionarios y especialmente por el norteamericano señor Oswald y por el español señor Ignacio Iglesias, redactor jefe de la revista "ultrarreaccionaria" en castellano *Cuadernos*, que se publica en París. Esta denuncia la hace asimismo suya Mashbits, el cual aclara además que me he solidarizado con la reseña del señor José Va-

* Dado el atraso con que sale este *Anuario* puedo confirmar ya, sin duda alguna, mi pronóstico.

ladés y que me he basado en sus premisas críticas para hacer ciertas afirmaciones en mi libro (*vid.* núm. 6). Me causa cierta incomodidad el tener que contestar a Mashbits, y a Alperóvich en un tono que no es precisamente el más académico. ¿Por qué tiene que responder uno del empleo que hagan otros de sus ideas? Al salir un libro o un ensayo de las manos de su autor, la publicación adquiere por sí misma una independencia espiritual incontrolable ya para el escritor. Uno debe responder de sus ideas; pero no del uso o abuso de las mismas por parte de segundos y aun terceros. Esa técnica procesal resulta a todas luces injusta y da pena observar como sigue siendo utilizada no ya tan sólo por dos críticos más o menos independientes, sino incluso por todo un sistema estatal que si ayer tenía más que sobradas razones para proceder así, hoy ya no tiene ninguna como corresponde a la consolidación extraordinaria de una gran potencia mundial y primera socialista en el mundo.

Los profesores Mashbits y Alperóvich no se dan cuenta de que el empleo del *Barbara celarent* no es el más correctamente indicado para dos marxistas cuyas ideas provienen o deben provenir directamente de un proceso tan creador, revolucionario y científico —así lo estiman ellos— como es el materialismo dialéctico. Esta manera de proceder recuerda al encallecido cardenal dostoiewskiano y escolástico: Mayor = Ignacio Iglesias es un enemigo declarado de la Unión Soviética; menor = y como él alaba a Ortega y su libro; ergo tanto el libro como su autor son indignos y pues adversos. Esta silogística trasnochada resulta impropia de dos intelectuales marxistas; pero con todo me doy de santos porque de haber caído en sus manos una crítica alemana que me encomia, no sé a estas horas bajo qué *inri* crítico soviético me encontraría catalogado e inclusive crucificado.* Alperóvich y Mashbits tienen naturalmente todo el derecho para enjuiciar mis borrones; empero lo que no me parece correcto es que para hacerlo tengan que echar mano de los capciosos recursos que les proporciona la lógica tradicional; porque los valores de ésta —admitirán conmigo ambos censores— sólo pueden tener vigencia en tanto que se los considere debidamente subsumidos a una lógica más general y amplia como es la dialéctica; es decir a una lógica que subordina a ella todas las anteriores.

23. Para terminar deseo francamente hacer mío el voto de Mashbits cuando afirma que los “latinoamericanistas soviéticos aspiran a una colaboración eficaz con los tratadistas de Latinoamérica”. Creo por cierto que el diálogo ha de resultar provechoso y ha de ayudar sin duda al fortalecimiento de la mutua amistad y comprensión entre nuestros pueblos. Asimismo el diálogo ha de favorecer en extremo al desarrollo de la ciencia histórica soviética, mexicana e iberoamericana.

Juan A. Ortega y Medina

* Véase la nota crítica de K. W. Kürner, “Mexikos Geschichte durch Moskaus Brille”, en *Süddeutsche Zeitung* de Munich (11-X-1962).